

Amor, historia y naturaleza

Tres poetas españoles abordan temas profundamente líricos

MIGUEL GARCÍA-POSADA

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

La noche le es propicia

Lumen.
Barcelona, 1992.
60 páginas.
1.300 pesetas.

JON JUARISTI

Los paisajes domésticos

Renacimiento.
Sevilla, 1992.
48 páginas.
1.060 pesetas.

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

Fuego blanco

Àmbit Serveis Editorials.
Barcelona, 1992.
68 páginas.
825 pesetas.

El amor, la historia y la naturaleza son otros tantos temas de acusada raigambre lírica. La diversidad de la actual poesía española permite su concurrencia sin especiales disonancias. Un poeta de la promoción del sesenta (o generación de los cincuenta) y dos poetas de la penúltima hornada han abordado su tratamiento lírico en los libros que hoy comento. Lo determinante, claro está, es la perspectiva, el enfoque.

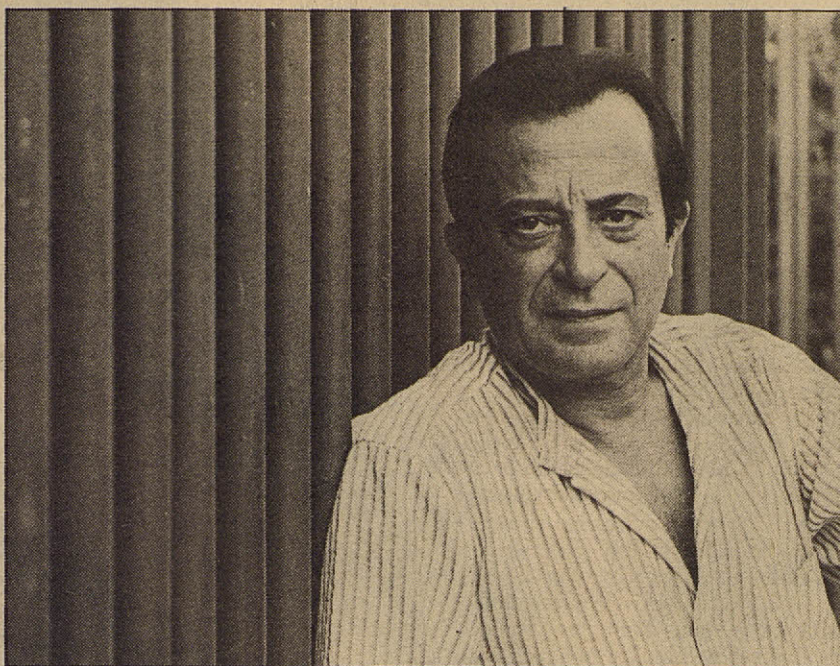
No ha sido hasta ahora José Agustín Goytisolo poeta de sostenido registro amoroso. Ésta es la primera novedad de *La noche le es propicia*, poemario exclusivamente centrado en el tema del amor

—hace el número 15 en su obra—. Por eso va dedicado a la memoria de Pedro Salinas, en la estela, además, de su centenario. La segunda novedad estriba en la naturaleza narrativa del libro. En sintonía con la más reciente poesía española, Goytisolo lo organiza, todo él (esto es más raro; recordemos, no obstante, *Diario cómplice*, de Luis García Montero) como un texto narrativo. Se trata aquí del encuentro, quizá al término de una conferencia, de un hombre (¿el conferenciante?) y una mujer, que viven la noche de amor a que el título se refiere. Ella está casada, malcasada, es de edad madura, y él es un sujeto problemático, difícil, también maduro. El libro se encauza a través de la sucesión de los lances amorosos en la habitación de un hotel hasta desembocar en la llegada del amanecer, que separa a los amantes. Volverá ella a su casa, a la rutina conyugal, iluminada por la pasión de vivir; él, en cambio, se marchará sabiendo que, pese a la clara memoria de la noche, "la muerte le es propicia".

Delirios

Tal esquema narrativo se articula a través de la alternancia de poemas de esta índole, presentativos, con otros de signo más lírico, donde se da expresión a los sentimientos de los amantes. Aquí hay que señalar la novedad que representa el papel concedido a la mujer: lejos de ser la mera destinataria de la pasión masculina, aparece muy activa —es ella quien elige a su compañero— y sus gestos, pensamientos y actitudes cuentan más que los de él: el diseño narrativo permite la introspección evocadora y la caracterización psicológica de los amantes.

Libro orgánico, de planteamiento original, muy modulado métricamente (con metros de arte mayor y menor, verso blanco, asonancias, cantares paralelísticos), *La noche le es propicia* confirma el saber hacer de José Agustín Goytisolo. Quizá su tono, su lenguaje, sean en exceso discretos. Los mejores momentos se logran cuando el poeta, bajo la sombra de



José Agustín Goytisolo.

san Juan de la Cruz, multiplicada en préstamos, alusiones e incluso en modelos estróficos, se lanza a la pura exaltación del amor y sus delirios.

La naturaleza y, en concreto, la naturaleza insular canaria, ha sido el tema dilecto de Andrés Sánchez Robayna en sus entregas anteriores. Vuelve a serlo también en ésta, en la que el poeta continúa el ciclo abierto por *Palmas sobre la losa fría*. La exaltación del sol, de la luz, del fuego es la clave temática del libro, que se ofrece en poemas metrificados, en verso blanco casi siempre, y en poemas en prosa (Sánchez Robayna los insertó ya en un libro anterior, *Tinta*). Todos son variaciones sobre este tema central, que es proyectado sobre el plano del mito, sobre la epifanía de lo luminoso, dentro de una visión abierta a la revelación de la materia en movimiento. Cabe recordar aproximaciones similares: Valente (*El fulgor*), Octavio Paz, algún Juan Ramón Jiménez, el único poeta aquí expresamente aducido...

Sánchez Robayna acredita el oficio que le es propio. Acaso este oficio es demasiado notorio en los poemas en verso preferentemente largo que abren el libro, algo rígidos a veces. Con todo, la temperatura poética sube de nivel en los poemas en verso corto, al modo de *La roca*, su mejor libro hasta el momento. Los poemas en prosa tienen buena factura: tono, diseño, dicción. Llamo la atención sobre el que da título al poemario. Pero sobre ellos gravita con excesiva insistencia la sombra de Valente, visible también en algunas composiciones breves. Por

*Jon Juaristi
reincorpora el
acento civil a la
poesía española;
en unos textos
que están a mil
leguas del
esteticismo*

ahora me quedo con la obra del primer Sánchez Robayna, tan rigurosa, tan singularizadora dentro de la más avanzada poesía española.

Trece poemas, más unos versos introductorios, integran *Los paisajes domésticos*, el nuevo libro de Jon Juaristi. Son 13 sustanciosas composiciones que justifican el puesto destacado del autor en nuestra lírica. Fiel a la *poética de la experiencia*, fiel (a veces es verdad que hasta el exceso) al magisterio de Jaime Gil de Biedma, a cuya memoria se dedica uno de los mejores textos del libro, *Intento formular mi experiencia de la poesía civil*, cuyo título glosa otro muy conocido de aquél, el poeta rememora, con desentanto y escepticismo (dos claves tenaces en los líricos de su edad y su retórica), momentos y vivencias, episodios y circunstancias personales.

Como en anteriores libros pero con creciente maestría, somete Juaristi esas materias vitales al tratamiento inevitablemente deformador de su retórica, hecha de ironía, burla, juegos, equívocos y préstamos textuales, que es amplificada por una métrica de base tradicional, con sonetos, pero también con sextinas manriqueñas, y que incorpora asimismo combinaciones más o menos novedosas sin excluir el uso de la silva blanca. La imbricación de retórica y métrica alumbrará una poesía satírica y elegíaca a un tiempo, donde el poeta deplora el curso de las cosas y se deplora a sí mismo, donde la trayectoria personal se proyecta sobre la trayectoria colectiva de la gente de su edad. "París ni lo pisé", dice Juaristi, entre rimas grotescas, en el poema *Aliud et alibi*, donde pone en solfa la mitología de un en verdad inexistente 68 español (pero ya se está hablando hasta de una generación con ese nombre).

Paisajes domésticos, sí, sobre todo porque son próximos, no porque sean estrictamente privados. En esta reincorporación del acento civil a la poesía española ha residido la aportación más sólida del autor. Este nuevo libro vuelve a ponerlo de relieve con toda brillantez. Necesitábamos esta poesía que está ya a mil leguas del esteticismo. Necesitábamos esta poesía de la historia. Juaristi nos la ha dado.

Canciones de experiencia

ÁNGEL RUPÉREZ

THEODORE ROETHKE

Poemas

Traducción de
Alberto Girri.

Signos.
Madrid, 1992.
129 páginas.
1.500 pesetas.

Frente a poetas explosivos, que desde el primer libro temprano dejan claro que apuntan alto, Theodore Roethke (1908-1963) tuvo que esperar algo más para llamar seriamente la atención de sus contemporáneos. Tenía ya 40

años cuando publicó *The lost son and other poems*, el libro —el segundo de los suyos— que le abrió las puertas a una especie de renacimiento poético que, según James Dickey, su crítico más fervoroso, vino después de "años de trabajo muy duro, mucha suerte, muchas dudas y muchos comienzos en falso". Historia, pues, la de Roethke, no infrecuente en poetas de altura, pero sin duda, también, historia mucho más sometida a la presión de la dura lucha consigo mismo que la de los poetas que desde el comienzo suben cómodamente a los altares de la celebridad. ¿Quién está detrás de esa tenacidad que hace caso omiso del ruido ambiental para trazarse la meta de un libro o libros suficientes? Supongo que la fe íntima, la confianza en que en alguna parte está lo que se anda buscando, lo que andaba buscando en este caso Theodore Roethke.

¿Y qué buscaba el poeta norteamericano coetáneo de Auden o Elisabeth Bishop? Buscaba dar forma adecuada a un universo de experiencias que sólo de una manera insuficiente se esbozaban en su primer libro. En vez de escribir según el dictado de Auden, que es lo que pasaba en *Open house* (1941), aunque sin el virtuosismo arrollador del poeta angloamericano, escribir con menos miedo a patrones exclusivos, con más libre porosidad a lo diverso. Y escribir, además, pero ya con mucha más confianza, sobre los mismos asuntos que se desplegaban en su primer libro: el primero y el más dominante, el que definí monótonamente, pero con esplendor preciso, la poesía toda de este singular poeta: el asombro ante el paisaje de su infancia.

Inocencia

Lo que sucede en la poesía de Roethke es que, insensiblemente, a través de transiciones lábiles, se pasa de una cierta experiencia de la inocencia, donde el asombro tiene un lugar prioritario, a los claroscuros de la experiencia, donde el asombro está teñido del conocimiento del dolor y de la muerte. Volver a la naturaleza de la infancia es reconocer, intactos, los microcosmos de la primera pasión, la que abrió los ojos al mundo como si fuera una mina inagotable de excursiones por la superficie quieta de un lago donde una garza esculpía un garabato que se grabó en la vista para siempre (*La garza*); o reconocer en el musgo recogido una misteriosa suavidad alterada por la sensación ulterior de sacrilegio (*La recolección del musgo*).

Pero volver a la naturaleza de la infancia es también, decíamos, constatar que nada puede seguir siendo lo mismo, porque entonces, el poeta sabe —todos lo sabemos— que lo que parecía eterno, puesto que no anunciaba tiempo ninguno sino pura iridiscencia intemporal y milagrosa, ahora es también anuncio de unos límites cuyo epítome esencial y absoluto es la muerte.